

CUENTOS SELECTOS

Cuentos viejos
reescritos

Artistas de variedades

Cuando llegó a la capital, Ismael deseaba confusamente muchas cosas. Cambiar de rostro, por ejemplo. Por qué no. Seguramente hasta eso sería posible si lograba permanecer en esa ciudad deseada desde la infancia, que siempre lo había esperado generosamente para darle también a él la posibilidad de acceder a esas cosas más o menos vedadas que se sueñan desde lejos, y que ella, con sus siglos de existencia, poseía en plenitud.

Era verdad, según se lo habían anticipado, que la mayoría de las cosas soñadas desde la aldea aquí no existían realmente. Pero eso no mermaba su capacidad de espectación, la certeza que tenía de la existencia de unos hechos ocultos que él, a falta de mejor palabra, llamaba maravillas.

Los nativos, encasillados en la costumbre que tenían de la ciudad, respondían con muecas negativas cuando él mencionaba esas posibilidades. Las definían como ilusiones de recién llegado. Cuando dentro de unos años seas uno más entre nosotros, verás que aquí lo único que existe es lo que se ve todos los días, y más allá no hay nada, esto es una mecánica idéntica a sí misma desde siempre.

En veinte años de vivir en pensiones, su incapacidad de reacción lo llevó a mimetizarse con sus vecinos ocasionales, aceptando que le impusieran sus costumbres. Y así recorrió una extensa escala de actividades que para ellos eran maravillas concretas, tales como juegos de naipes y revistas, bailes populares y deportes, que Ismael practicó sin placer, sólo por ver adónde iban sus amigos, y por si al final de todo, agotados esos caminos, algo diferente aparecía en el horizonte.

Un compañero de habitación, más joven que él, lo introdujo en la última de sus prácticas: la seducción de sirvientas en los barrios ricos. Eran mujeres menos complicadas que las otras que te ofrecía la ciudad, se entregaban libremente sin exigirte nada, y acaso en una de ellas hallaras finalmente el verdadero amor.

O alguna de las maravillas presentidas, por qué no, decía Ismael ante el espejo arrancándose las primeras canas de las cejas, contento de no haberse entregado a la desesperanza al cabo de los años, creyendo que en cualquier momento, aunque fuera una sola vez en la vida, alguna de esas cosas ocultas se le revelaría. Porque para eso había venido a la ciudad, y por eso esperaba.

«Se te revelará», le había dicho un pensionista casi acabado por la soledad y la lucha estéril por la vida, «en la más insignificante de las situaciones, y con el aparentemente menos importante de los seres».

El menos importante de los seres que había conocido, una muchacha morena que apenas superaba a un dulce animalito, extranjera en su propia tierra a causa de su exasperante marginación, se vestía avergonzada en el cuarto de ese hotel por horas. Tenía, según vio Ismael, el rostro de la multitud, ese resultado doliente de una incesante repetición mecánica y fatal. Era la cara de la ciudad antes soñada y ahora brutalmente cierta, una multitud concentrada en un gesto.

Maravillado pero a la vez temeroso del descubrimiento, se apresuró a desprenderse de ella diciéndole que la acompañaría hasta su casa. En el camino se encontraron con un teatro-bar al aire libre, en cuyo escenario se ofrecía un espectáculo de variedades. Ella quiso seguir pero Ismael, atraído por la propaganda que emitían los altoparlantes, le pidió que se detuvieran un momento, a ver de qué se trataba.

Sin entrar, apoyados contra la alambrada delimitativa, veían desde lejos el espectáculo de los artistas de variedades. Ella sin interés, por haber ido allí tantas veces con otros novios ocasionales menos sensibles que Ismael, él con los ojos muy abiertos ante la sospecha de que acaso en ese humilde escenario de un parque suburbano las maravillas entrevistadas se le revelasen.

Un animador vestido enteramente de blanco, en cuanto apareció en el escenario y probó su voz en el micrófono, abrió para Ismael unas puertas hasta entonces inexistentes, súbitamente reveladas. Jamás había oído una voz tan segura y comunicativa, una voz que vibrando trasladaba a quienes la oían sus contenidos sonoros; Ismael vibraba al escucharlas, como sacudido por palpitaciones eléctricas. Y sólo por el calor viviente que

tenía esa voz, todo lo que decía era una revelación especial para Ismael. El hombre enumeró a los artistas que participarían de ese espectáculo maravilloso nunca visto, llegados de tierras remotas para placer y encantamiento de esta villa apacible, y uno por uno, aun antes de hacerse presente en el escenario, se le convirtieron en realidades absolutas, en héroes salvadores que venían al presente desde el fondo de los tiempos, a darle justificación y sentidos a la vida ciudadana. El animador dejó para el final la mención del artista principal, el Hombre de las Mil Caras, espectáculo realmente sublime que cambiaría la existencia de quienes supieran mirar e interpretar las mil caras diferentes que esa misma noche mostraría al público. Tras la enumeración, el hombre de blanco, con la misma seguridad entonó los nombres de las casas comerciales que patrocinaban el acto, que sonaban a profundas revelaciones, y cuando nombró los productos a comprar, que incluían desde ventiladores hasta ropa, Ismael, aun sabiendo que se trataba de simples mercaderías, por la fuerza que comunicaba aquella voz las sentía como grandes objetos luminosos que salían al encuentro de la vida para cargarla de significados. Compraría todo eso ya mismo, pensaba, temblando al ritmo de las palabras deformadas por los altavoces y los ojos fijos en la puerta lateral por donde aparecerían de un momento a otro los artistas; compraría todo eso ya mismo si ello contribuía a acelerar la aparición del número final. «Vamos, es aburrido», dijo la muchacha, intentando iniciar la retirada. El le ordenó silencio y se aferró a la alambrada.

Tejido de alambre

El primero en aparecer fue un malabarista, precedido por los objetos que danzaban en el aire y regresaban a sus miles de manos para ser lanzados nuevamente, finisimos platos y copas de cristal, huevos y otros objetos de extrema fragilidad y caída irreversible. Dos hombrecitos que aparecieron unos segundos después, con acordeón y batería, ilustraban rítmicamente los momentos culminantes del malabarismo, que eran casi todos. Las más frágiles de las copas, para los ojos atentos, estaban siempre en el aire y en la misma posición, como detenidas, y sin embargo, con velocidad de rayo, iban y venían de las manos del malabarista, que despreciando todos los riesgos se lanzaba a ese fantástico equilibrio. «Genial», dijo Ismael cuando el hombre acabó su número, y fue, de los que miraban desde afuera al otro lado del alambrado, el único en aplaudir.

Inventar números llamativos, que valgan como hechos narrativos y no decorativos como el gaucha que sigue al malabarista. Números insólitos, que vayan preparando el clima para el hombre de las mil caras, que se supone es maravilloso pero que al final queda impenetrable y como un gran misterio,

HACER APARECER UN «PALABRISTA», CON EL MISMO RANGO QUE UN MALABARISTA, QUE HAGA MILAGROS CON LAS PALABRAS, COMBINANDOLAS DE TAL MANERA QUE REVELEN COSAS NUEVAS, COMO HORIZONTE YA, LEJOS AQUI, (SON VARIANTES DE LO MISMO), VISUALIZAR LAS PALABRAS ARROJADAS AL AIRE Y CAPUJADAS SABIAMENTE, INTENCION; CREAR NUEVAS REALIDADES, NO CON EL LENGUAJE CONVENCIONAL DE LA POESIA SURREALISTA POR EJEMPLO, SINO BUSCAR SONIDOS NUEVOS.

Las corbatas que cantan y bailan

Caja el cluca, clavada el cepado.

Dinise una hole en el air

Cerujn o falocna o luery

de los someros.

Se come un hilito y saca de

la boca pañuelo de color

amudado

Adivinar el N. teléfono o pedir a

azay. le dice que tiene los números de su

telefono, le traen las manos, y por milig-

avies (como las palabras del locutor) le transmite los números, él lo escribe a su

El rescate

Cuando por fin llegara el invierno se cumpliría un año de la muerte del hijo, y no puede decirse que ella se hubiese acostumbrado a la soledad. El predio estaba abandonado desde entonces y solamente los perros se habían multiplicado. Después de muchos años de trabajos y esfuerzos, la familia había quedado reducida a ella y el hijo de 21 años, muerto el último invierno. Ahora estaba sola y su capacidad de trabajo no había ido más allá del cultivo de algunas hortalizas para su propio sustento.

Por las noches se estremecía en su lecho al oír los aullidos de esos perros incesantes. Unas veces eran cerca de la casa, en la misma galería, otras por los cercos, hacia el río distante, y aún más lejanamente hasta perderse en la oscuridad de los cerros. Tenían para ella significaciones distintas. Durante algún tiempo fueron la certeza de la ausencia irremediable del hijo; después los identificó con la procreación. Los perros se multiplicaban en la noche mediante el acto terrible y sagrado de los aullidos, generando otros canes de formas repugnantes. La fecundidad de la tierra se había convertido en esa incesante generación de perros y todo se perdía sin descanso como si el verdor y la opulencia, reclamados por la fuerza que le llevó al hijo, estuvieran pudriéndose con él en el cementerio.

Ultimamente sólo había percibido hechos aislados que se le fijaban en la memoria como grandes luces quietas: el brazo alto, saludándola por primera vez después de tantos meses, del mayor de los Martínez; la visita del comisario, quien aseguraba que el asesino no había salido del lugar y que se escondía en los cerros; y los aullidos. Estos hechos, despojados de cualquier otro sentido, significaban para ella que ahora sólo se trataba de una larga espera, posiblemente de la muerte. Y mientras tal espera durase, oíría a los perros que se multiplicaban en la noche, como una certeza de la inevitable pérdida de todo.

Desde el asesinato del hijo, evitaba cualquier aproximación al cerco lindero que separaba la finca de los Martínez de la suya. Sus vecinos mantenían verde y floreciente toda la extensión de su dominio, pero cien metros antes de llegar al linde el verdor desaparecía, y la aridez se prolongaba luego hacia la estéril tierra de la finca de la mujer. Los Martínez también procuraban no acercarse al cerco divisorio, para evitar encuentros con ella; ni siquiera durante las escasas horas de riego se arrimaban por aquella zona, que no recibía agua desde hacía casi un año.

Aquella mañana ella avanzó un poco más de lo debido hacia el cerco divisorio, y tuvo que enfrentarse con el mayor de los Martínez, que al verla soltó la herramienta con que labraba la tierra y giró la cabeza hacia ella. Se detuvo y lo miró. Entonces el hombre, con alguna violencia, quizá después de vacilar un instante, alzó el brazo con fuerza. Sorprendida por este brusco acto de amistad después de tan terrible suceso, musitó "cómo está usted", palabras que por su suavidad y la distancia no llegaron a destino. Se arrepintió de haberlas dicho y no sabía por qué estaba allí, desafiando la presencia de uno de sus verdugos. Así permanecieron durante un espacio de tiempo lleno de presagios, como dos animales que se miraran fijamente sin entenderse. Por el aspecto y la estatura dedujo que era el mayor de los hijos de Martínez. Finalmente el hombre se inclinó y tomó la herramienta que había dejado en el suelo, y se encaminó hacia la casa, apenas visible tras los matorrales.

Esa noche no durmió, oyendo cómo los perros procreaban violentos bajo los árboles secos. Entre los aullidos veía un brazo alto y tenso, pero no de Martínez: era un brazo de Carlos, su hijo, como pidiendo que no lo ahogaran. Sus perros y los de sus vecinos se cruzaban ahora, se mezclaban tratando de devolverle el hijo que ellos le habían matado.

El comisario, llegado por la tarde, se quedó hasta la noche. Dijo que el asesino estaba en los cerros y que pronto lo cazarían. Todo era cuestión de vigilar las aguadas. Afirmaba que, después de interrogar a sus familiares y de analizar los hechos, estaba claro que no hubo odio ni enañamiento. Habían discutido por el agua. Y en un momento de turbación, se le fue la mano en el golpe. Una verdadera pena. Casi una muerte entre hermanos.

La historia, contada por el comisario con el mate en la mano mientras se aflojaba una y otra vez la corbata, era realmente otra, como intentando convencerla de que en el fondo se trataba de un accidente. Pero ella había visto bien cuando la azada cayó en la cabeza, y antes había oído los insultos, y después todo lo demás. El comisario siguió diciendo que el menor de los Martínez no era malo, que no tenía antecedentes. No se trataba de que quisiese defenderlo, porque algún día le daría caza y lo entregaría a la justicia; pero había que analizar los hechos tal como sucedieron. Para ella, en cambio, el criminal era una bestia escondida allá arriba, matando a Carlos eternamente.

La última vez que contó la historia a una de las pocas visitas ocasionales que llegaban hasta el apartado lugar donde vivía, notó que vacilaba, que los hechos habían perdido algún detalle importante y que hasta podrían haber variado. Cuando llegó, narrando, al momento en que ambos hombres se enfrentaban, no supo qué decir. Creyó que ahora no había un verdugo y una víctima, como los había concebido siempre, sino dos personajes que actuaban cada uno por su cuenta. Contó sin convicción el resto del suceso, deseando narrarlo otra vez para poder ajustarse nuevamente a lo que ella consideraba hechos estrictos, y retener entonces algo que ahora sin duda se le iba de la memoria.

Intentando una reconstrucción definitiva, una noche vio que los dos hombres estaban frente a frente. El criminal había levantado la azada sobre Carlos, pero éste era tan manso y sobre todo tan puro, que su pasividad y bondad impedían que el asesino se decidiese. Entonces ella, asumiendo el papel de su hijo, insultó violentamente al criminal. Pero la azada no caía todavía. Fue necesario que Carlos sacase un cuchillo oculto entre sus ropas para que la herramienta bajase. Pensó esto oscuramente, como evitándolo. Y cuando la azada cayó, con toda la furia exigida por la muerte, sintió que ella había ocupado el lugar del asesino, para que el hecho se consumase de una vez. Carlos se desangraba en el suelo y a ella le temblaban las manos. Entonces deseó intensamente que aullasen los perros, pero durante toda la noche hubo un silencio siniestro como para que ella pudiese huir hacia los cerros y arrepentirse de lo que había hecho.

Se durmió recordando el brazo tenso del hijo mayor de los Martínez. Y soñó que éste se le acercaba y le decía que podían casarse. La vejez no

le impediría tener un hijo, y de ese modo Carlos le sería restituido. Cuando naciera, matarían a todos los perros. Abrió los ojos sobresaltada. Las ropas sobre las sillas parecían largos cilindros de trapo. Presintió hacia el resto de la cama su cuerpo apenas tibio, viejo y estéril. Las carnes gastadas caían sobre las sábanas y se erguían en cambio sus huesos, duros y como si brillasen. Se acordó de su marido. Siempre se despedía con un brazo alto y tenso. Pensó, dispuesta a dormir un poco más, que no huiría más de la visión del criminal. Lo enfrentaría hasta vencerlo. Evitó el recuerdo de la azada en sus propias manos y se levantó. Andando podría liberarse de los pensamientos. Alzó los ojos y vio los cerros, imponentes, las gradaciones de las lomadas hasta llegar al llano donde ella estaba. Entre esos cerros estaba el matador con los ojos hundidos por el hambre, la ropa hecha jirones por el sol y el frío.

Ese día trabajó mucho para fatigarse. Regó el cebollar, ató algunos alambres del cerco. Mientras trabajaba sentía, como otras veces, la presencia cercana de los cerros, donde el asesino de su hijo seguía viviendo. Los pensamientos le impidieron percibir el paso lento de las horas del día, de modo que enseguida fue otra vez de anoche. Cubrió las plantas de las macetas, llevó agua a la pieza.

Estirada en el lecho miró, como esa mañana, las ropas sobre la silla. Afuera ladraba un perro. Más luego aullarían miles, enloquecidos. Antes de dormirse, o quizá ya dormida, vio que sus perros se cruzaban con los de Martínez. Habían nacido muchos y entre todos tapaban, ocultándola, la sangre de Carlos. Y seguían naciendo y ya no había memoria de nada. Cuando por fin se durmió, con la lámpara de querosén encendida, un silencio inmenso cubría los cielos y la tierra. La casa, débilmente alumbrada, permanecía como un acto definitivo. El inmóvil frío, afuera, escarchaba con instrumentos invisibles los charcos y los terrenos húmedos. El silencio era total, de ella para afuera. Por dentro, la mujer estaba llena de perros que la estremecían.

Los Martínez estaban mudándose. El mayor de los hijos fue a comunicárselo. No hay por qué odiarse, le dijo. Lo ocurrido había sido una desgracia para todos. Su padre sufría mucho también. No era cierto, como algunos decían, que su hermano fuese por las noches a comer y dormir con ellos y que durante el día estuviese escondido en los cerros. Ellos hubieran sido los primeros en entregarlo a la policía. Y ahora se iban a probar suerte en otra parte, se iban porque cada día había menos agua, causa de la desgracia, y porque todo había sido tan triste. Al decir esto último el hombre la miró como esperando que le contestase algo, pero la mujer no dijo nada, respondió sólo con gestos. El hombre se marchó y ella ahora podía recordar sus anchas espaldas y la forma del sombrero. Un hecho más se fijaba en su memoria para ayudarle a construir el esquema donde se habían concentrado sus presentimientos y deseos. Con ese esquema podía de algún modo captar a Carlos y evitar la muerte interminable iniciada aquel día.

La segunda visita del comisario, por entonces, le pareció salida de sus propias ensoñaciones. Le decía que esta vez no fracasarían, se quedarían en los cerros hasta encontrarlo. Traían provisiones para varios días, pondrían centinelas en las aguadas. El comisario hablaba y a ella le parecía oír palabras sacadas de un sueño. En el furgón, cerca del camino, los demás policías aguardaban. Cuando se fueron entró en la pieza y cerró los ojos. El comisario y sus agentes se incorporaron inmediatamente a los esquemas visuales que ella guardaba en su memoria, junto al aullido de los perros y las noches interminables, al inmenso silencio que había entre los hechos y la representación que ella se hacía de los mismos.

En mitad de la noche la despertaron los tiros y los alaridos lejanos de hombres y de perros, indistintos en lo desaforado. Las luces de las linternas relampagueaban sobre piedras y cactus, se entrecruzaban arriba y chocaban contra las nubes bajas. Los hechos que vivían como soñados en su conciencia volvían a tomar formas reales terriblemente ciertas, y era como si esa noche en realidad estuviesen desenterrando al hijo a ver si era cierto lo de su muerte.

Entró y se encerró. Pensaba que sería mejor que no lo hallaran; si lo prendían la llamarían a declarar, tendría que retroceder en el tiempo, sacarse los hechos de adentro y entregárselos a otros, con lo que se quedaría sola en esa casa devastada. Tomó la lámpara y fue a la pieza contigua, como para cerciorarse de que no había nadie allí. Al levantar la cortina de arpillera que servía de puerta divisoria, miró uno por uno los muebles del cuarto de su hijo: la cama baja y aplastada, con respaldos de hierro descascarados; el ropero de luna ovalada, cubierta con un trapo negro; el soporte de hierro para la palangana, la ventana de madera maciza, la mesa cubierta de sillas boca abajo. Volvió a su pieza, colgó la lámpara en un clavo y se echó en la cama. Un instante después se incorporó, casi de un salto: alguien afuera había quebrado ramas secas al pisarlas. Cuando se acercó a la puerta para abrirla y salir, los golpes en la misma la inmovilizaron. Eran leves, como contenidos. Abrió la puerta. Lo que vio era horrible.

Por un instante creyó que era Carlos. Tenía los ojos hundidos, el cabello hasta los hombros, la barba bifurcada en hebras enmarañadas. Había entrado allí como única salida; de lo contrario su captura hubiera sido cuestión de pocos minutos.

Nunca sabría por qué lo dejó entrar. Con un gesto le indicó el cuarto contiguo. La ropa deshecha dejaba ver las heridas producidas por el roce de espinas y de piedras. Cerró la puerta con la traba y se acercó para mirarlo bien. Parado en medio de la habitación, tiritaba de frío o de miedo. La vieja sacó una frazada del baúl y se la echó a los pies. El la tomó y se cubrió la espalda.

Cuando los policías llamaron violentamente, fue al cuarto contiguo y abrió, lámpara en mano. Lo encontramos en la primera aguada, dijo el comisario. Después se nos escapó de entre las manos. No quisimos matarlo. Habló atropelladamente y se fue sin esperar respuesta.

La vieja entró procurando disimular un temblor de piernas que entorpecía sus movimientos, aterrada por lo que estaba haciendo. Sin tratar de explicárselo, porque sabía que cualquier explicación removería unas honduras que prefería no ver. Poco después se sorprendió preparando alimentos para él. Abrió otra vez la puerta y miró hacia afuera como para

asegurarse de que el comisario no volvería. Los haces de las linternas apenas se movían en la casa de los Martínez, donde ahora vivía otra familia. Realizaba esos actos con una turbación que no le permitía percibir el sentido de los mismos. Con los alimentos en una mano y en la otra la lámpara, se asomó al cuarto contiguo. El hombre había desaparecido. La ventana, entreabierta, oscilaba sin ruido.

(Dios mío, hubiera sido mejor no dejarlo entrar; todo fue hecho sin reflexión; esta noche es muy grande, seguramente nunca terminará, y está llena de gritos y de perros enloquecidos).

Ahora los perros ladraban otra vez, en la casa de los Martínez quizá, y las linternas se movían con agilidad felina. Algún rayo de luz llegaba hasta los lindes de su propia casa. Miraba todo esto desde el patio, tratando de captar nuevamente en su razón lo que acababa de ocurrir. Después entró y se acordó del aspecto salvaje y de los ojos tan hundidos del muchacho. Al rato oyó un ruido muy suave en la ventana y supo que era él. Durante tanto tiempo de vida cerril había adquirido movimientos suaves y perfectos, de caza y acechanza. Cuando ella entró, él estaba de pie en medio del cuarto. Lo miró detenidamente, sin atinar a decir nada. El hombre, con una voz ronca apenas audible, dijo "estuve en el horno", dos veces, porque la primera fue sólo un gruñido lo que salió de su boca.

Los días siguientes fueron para ella sucesivos tumultos de los que apenas tuvo conciencia. El hombre no salía del cuarto durante el día y por la noche recorría los alrededores. A la semana habló. Lo hizo casi con violencia, encarando de pronto a la vieja. Le dijo que si lo quería entregar que lo hiciera ya mismo; que había acudido a ella porque no tenía otra salida, y en última instancia no sabía por qué; nunca había odiado a Carlos. "Era como mi hermano, lo maté por descuido; él me atacó primero, quiso matarme; es cierto que yo robé el agua. Me había amenazado varias veces". Dijo las últimas palabras mirando al suelo. Oyó que la vieja lloraba echando la cabeza sobre la mesa. El se quedó en el centro del cuarto, como si ése fuera el lugar de su castigo. Al rato la mujer le dijo que tendría que abandonar la casa esa misma noche.

(Y afuera, donde todo es furia y castigo, los perros comerán sus hilachas y después sus carnes, y vendrán desde los cerros animales insaciados).

Con las primeras luces, no sabía si soñaba o no que al lado había algo como el hijo. El sueño y la realidad se mezclaban hasta formar una nueva situación que contenía desde las linternas en el aire hasta el gruñido que intentaba decir "estuve en el horno". Los hechos llegaban como desde lejos, cronológicamente, deteniéndose y demorándose como grandes manchas. En la última, que parecía fijarse para siempre, ella le decía al muchacho que abandonara la casa. Y tenía miedo de que él hubiese obedecido.

Miró otra vez su cuerpo largo y seco, las puntas de los huesos que sobresalían bajo la frazada y las carnes que caían vacilantes. Miraba pensando entre sueños que ahora tenía un hijo, sus huesos vacíos habían alumbrado otra vez. Despertó en el centro de una urgencia de saber si el asesino de Carlos se había ido finalmente.

Tendió el oído, y ningún ruido delataba la presencia inmediata. Al asomarse lo vio echado sobre los trapos, cerca de la cama de Carlos. Dormía. Sobre una silla de cuero, las ropas que apenas podían cubrirle el cuerpo: restos de una camisa descolorida, el pantalón hecho jirones, los zapatos duros y vítreos con las puntas levantadas. El, desprovisto de la escasa ropa y apenas cubierto con la frazada, tenía ahora otro aspecto. La belleza de sus rasgos duros, y la flacura, que no había menguado la firmeza de sus carnes, le recordaron a Carlos. Se había cortado toscamente la barba y el cabello. Ella se acercó despacio y tomó la ropa de la silla. Volvió a su cuarto, hurgó un rato en una caja de cartón y sacó los enseres de coser. Debajo de un árbol, en el patio, mientras la pava hervía en el brasero, cosía aquellos restos de ropa para que volviesen a parecer un pantalón y una camisa.

El pasaba el día en el cuarto de Carlos, y recibía en silencio los alimentos que ella le daba en las horas precisas. La mujer vivía perpleja y la muerte del hijo, allá lejos, le parecía un hecho gastado. Solía tener pesadillas y ahora los personajes cambiaban o se confundían: el muerto era

el comisario, y Carlos estaba en los cerros. O intervenían seres desconocidos, muchos, centenares de hombres y mujeres que presenciaban un espectáculo inacabable, donde intervenían hombres y mujeres parados unos enfrente de los otros, mudos, inmóviles, mientras otros, miles y miles, cantaban con voz arenosa incitando al asesinato y a la muerte. Otras veces el coro estaba formado por policías cenicientos que ofrecían sus armas para que el hecho se consumase de una vez por todas. Unicamente los dos hombres no variaban, frente a frente, casi juntos.

Una mañana en que ella entraba silenciosamente al cuarto para dejarle allí, sin hablarle como siempre, un calzoncillo que le había hecho, el hombre, semidormido, extrajo un cuchillo de la almohada y se levantó de un salto. Cuando la vio, según lo recordó ella después, quiso sonreír. Aunque acaso sólo fuese una mueca que se le parecía.

"Creí que abrían le ventana", dijo y volvió a acostarse. "Déme ese cuchillo", dijo ella, y el hombre se lo entregó vacilando.

Era el cuchillo de Carlos. Al verlo volvió a cambiar todo, el coro se hizo más potente y su música ya parecía intolerable. Ahora entre los dos hombres inmóviles algo había variado también, Carlos se movía, oscilaba como un péndulo y sostenía un cuchillo. El cuchillo del hijo, en las manos del otro hombre, era como un tercero que nadie conocía y que a la distancia había tramado los hechos.

Le hubiera gustado decir "*con este cuchillo quiso matarme*", pero sabía que la sola presencia del arma valía más que sus palabras. La mujer hubiera querido preguntar "*¿y quiso matarte?*", pero prefirió no hacerlo, hubiese sido como herir a Carlos, como si ella misma bajase ahora la azada, tan quieta, para que ésta le diese el golpe mortal.

Le dijo que podía irse cuando quisiese, en busca de sus padres; el peligro de captura había desaparecido, la policía había abandonado la búsqueda. El calló como aceptando, sintiendo que sus padres eran un suceso remoto, aislado por el crimen; en el mundo no había más realidad que esa vieja y la muerte de Carlos, de cuya culpa lo salvaba la permanencia en ese cuarto.

Una mañana muy temprano salió a recorrer el predio. Con las herramientas halladas en el galpón labró la tierra todo el día. Ella le

llevó alimentos al lugar de trabajo, como en tiempos de Carlos. En pocos días aquí y allá el verde volvía a aparecer. Las horas de riego fueron aprovechadas nuevamente y las acequias, otra vez, llevaban el agua a todas partes. Por las noches la mujer desde su lecho escuchaba los ruidos del agua, que anulaban las significaciones antes terribles del aullido de los perros, pobrecitos, tienen miedo, se decía ahora la mujer.

Una tarde al volver de las tareas encontró la mesa puesta. Comieron juntos por primera vez después de tanto tiempo de silencio. Hablaron del trabajo, de las cosechas de primavera. En el cuarto se encontró después con una presencia inesperada: la cama de Carlos, prolijamente tendida por la vieja.

(Y yo podría decir toda la verdad, contar las cosas tal como fueron y demostrar que si hubo muerte fue por error, porque yo no creía que el golpe de una azada, dado con la misma fuerza que se usa para labrar la tierra, hubiese podido matarlo; pero quizás un cuchillo en la mano, mientras se mira con odio, pueda ser realmente la muerte; ahora eso no tiene valor y el golpe de la azada que lo mató me duele como si yo mismo fuese Carlos).

Aquel día parecía de fiesta. El trabajó hasta mediodía y al volver a la casa vio todo adornado: una lona nueva en la puerta, a manera de cortina, dos jarros de aluminio, nuevos, y comida de festejos. "Qué rico olor", dijo al entrar. Ella iba y venía, entusiasmada con sus tareas. Al lado de la mesa, una damajuana de vino. El piso de ladrillos, barrido y regado, aunque hacía un poco de frío.

Cuando preguntó por el motivo del agasajo, ella respondió: "hoy es su día". Y ante su gesto de extrañeza o incomprensión, la mujer aclaró: "el día de él".

Yo también me llamo Carlos, le dijo en un momento, y contó hechos triviales de su infancia, cuidadoso de que en los mismos no hubiese violencia. Cuando acabó de contar los tres o cuatro hechos más o menos relevantes que constituían sus 22 años de vida, ella le habló de historias conocidas, cuentos de viejos que el muchacho comentó como si nunca los hubiese oído. Al término de la comida el vino había subido los ánimos.

Rieron de las cosas más triviales y al final ella lloró. Quiso consolarla diciéndole que lo mejor era olvidar. "No, no es por eso", dijo la mujer.

Después de una larga siesta, cuando él preparaba los surcos para el riego de esa noche, "venga", le dijo la mujer levantando un brazo.

Abrió el ropero del hijo, cerrado con llave desde su muerte, y señalando pantalones y camisas descoloridas y un par de zapatos rellenos de papel le dijo "tome, ahí tiene su ropa". Y de un tirón descolgó el trapo negro del espejo, donde él vio aparecer su figura en primer plano, y más al fondo la de ella.

Tuvo miedo de verse. Era como si Carlos mismo lo estuviese mirando desde allí, esos ojos que estallaban de tan vivos. Cuando los bajó, vio de reojo que la mujer, fuera del espejo, le tendía la ropa del hijo. Pensó negarse, le parecía una usurpación. Pero la naturalidad del ofrecimiento lo decidió a tomarla. Ella se fue y enseguida desde el patio le dijo que quería verlo vestido como la gente. Sintió una súbita alegría y comenzó a vestirse. Se miró al espejo, esta vez sin miedo. Hacía tanto tiempo que no se miraba, que le parecía ser otra persona.

Al rato salió, diciendo que los cuellos de las camisas eran todos estrechos. Vestía una chaqueta algo descolorida y pantalones azules. Se quejó de que los zapatos le ajustasen un poco. La vieja lo miró largamente. Las arrugas de su cara, endurecidas, se concentraron alrededor de esa mirada. Hasta que aflojaron, cuando la mujer, obedeciendo a un impulso que le brotaba del fondo de sus huesos rejuvenecidos, empezó a sonreír. ♦

El rescate

Cuando por fin llegara el invierno se cumpliría un año de la muerte del hijo, y no puede decirse que ella se hubiese acostumbrado a la soledad. El predio estaba abandonado desde entonces y solamente los perros se habían multiplicado. Después de muchos años de trabajos y esfuerzos, la familia había quedado reducida a ella y el hijo de 21 años, muerto el último invierno. Ahora estaba sola y su capacidad de trabajo no había ido más allá del cultivo de algunas hortalizas para su propio sustento.

Por las noches se estremecía en su lecho al oír los aullidos de esos perros incesantes. Unas veces eran cerca de la casa, en la misma galería, otras por los cercos, hacia el río distante, y aún más lejanamente hasta perderse en la oscuridad de los cerros. Tenían para ella significaciones distintas. Durante algún tiempo fueron la certeza de la ausencia irremediable del hijo; después los identificó con la procreación. Los perros se multiplicaban en la noche mediante el acto terrible y sagrado de los aullidos, generando otros canes de formas repugnantes. La fecundidad de la tierra se había convertido en esa incesante generación de perros y todo se perdía sin descanso como si el verdor y la opulencia, reclamados por la fuerza que le llevó al hijo, estuvieran pudriéndose con él en el cementerio.

~~Ultimamente sólo había percibido hechos aislados que se le fijaban en la memoria como grandes luces quietas: el brazo alto, saludándola por primera vez después de tantos meses, del mayor de los Martínez; la visita del comisario, quien aseguraba que el asesino no había salido del lugar y que se escondía en los cerros; y los aullidos. Estos hechos, despojados de cualquier otro sentido, significaban para ella que ahora sólo se trataba de una larga espera, posiblemente de la muerte. Y mientras tal espera durase, oíría a los perros que se multiplicaban en la noche, como una certeza de la inevitable pérdida de todo.~~

Desde el asesinato del hijo, evitaba cualquier aproximación al cerco lindero que separaba la finca de los Martínez de la suya. Sus vecinos mantenían verde y floreciente toda la extensión de su dominio, pero cien metros antes de llegar al linde el verdor desaparecía, y la aridez se prolongaba luego hacia la estéril tierra de la finca de la mujer. Los Martínez también procuraban no acercarse al cerco divisorio, para evitar encuentros con ella; ni siquiera durante las escasas horas de riego se arrimaban por aquella zona, que no recibía agua desde hacía casi un año.

Aquella mañana ella avanzó un poco más de lo debido hacia el cerco divisorio, y tuvo que enfrentarse con el mayor de los Martínez, que al verla soltó la herramienta con que labraba la tierra y giró la cabeza hacia ella. Se detuvo y lo miró. Entonces el hombre, con alguna violencia, quizá después de vacilar un instante, alzó el brazo con fuerza. Sorprendida por este brusco acto de amistad después de tan terrible suceso, musitó "cómo está usted", palabras que por su suavidad y la distancia no llegaron a destino. Se arrepintió de haberlas dicho y no sabía por qué estaba allí, desafiando la presencia de uno de sus verdugos. Así permanecieron durante un espacio de tiempo lleno de presagios, como dos animales que se miraran fijamente sin entenderse. Por el aspecto y la estatura dedujo que era el mayor de los hijos de Martínez. Finalmente el hombre se inclinó y tomó la herramienta que había dejado en el suelo, y se encaminó hacia la casa, apenas visible tras los matorrales.

Esa noche no durmió, oyendo cómo los perros procreaban violentos bajo los árboles secos. Entre los aullidos veía un brazo alto y tenso, pero no de Martínez; era un brazo de Carlos, su hijo, como pidiendo que no lo ahogaran. Sus perros y los de sus vecinos se cruzaban ahora, se mezclaban tratando de devolverle el hijo que ellos le habían matado.

El comisario, llegado por la tarde, se quedó hasta la noche. Dijo que el asesino estaba en los cerros y que pronto lo cazarían. Todo era cuestión de vigilar las aguadas. Afirmaba que, después de interrogar a sus familiares y de analizar los hechos, estaba claro que no hubo odio ni enajenamiento. Habían discutido por el agua. Y en un momento de turbación, se le fue la mano en el golpe. Una verdadera pena. Casi una muerte entre hermanos.

La historia, contada por el comisario con el mate en la mano mientras se aflojaba una y otra vez la corbata, era realmente otra, como intentando convencerla de que en el fondo se trataba de un accidente. Pero ella había visto bien cuando la azada cayó en la cabeza, y antes había oído los insultos, y después todo lo demás. El comisario siguió diciendo que el menor de los Martínez no era malo, que no tenía antecedentes. No se trataba de que quisiese defenderlo, porque algún día le daría caza y lo entregaría a la justicia; pero había que analizar los hechos tal como sucedieron. Para ella, en cambio, el criminal era una bestia escondida allá arriba, matando a Carlos eternamente.

La última vez que contó la historia a una de las pocas visitas ocasionales que llegaban hasta el apartado lugar donde vivía, notó que vacilaba, que los hechos habían perdido algún detalle importante y que hasta podrían haber variado. Cuando llegó, narrando, al momento en que ambos hombres se enfrentaban, no supo qué decir. Creyó que ahora no había un verdugo y una víctima, como los había concebido siempre, sino dos personajes que actuaban cada uno por su cuenta. Contó sin convicción el resto del suceso, deseando narrarlo otra vez para poder ajustarse nuevamente a lo que ~~era~~ ^{el asesinato} consideraba hechos estrictos, y retener entonces algo que ahora sin duda se le iba de la memoria.

Intentando una reconstrucción definitiva, una noche vio que los dos hombres estaban frente a frente. El criminal había levantado la azada sobre Carlos, pero éste era tan manso y sobre todo tan puro, que su pasividad y bondad impedían que el asesino se decidiese. Entonces ella, asumiendo el papel de su hijo, insultó violentamente al criminal. Pero la azada no caía todavía. Fue necesario que Carlos sacase un cuchillo oculto entre sus ropas para que la herramienta bajase. Pensó esto oscuramente, como evitándolo. Y cuando la azada cayó, con toda la furia exigida por la muerte, sintió que ella había ocupado el lugar del asesino, para que el hecho se consumase de una vez. Carlos se desangraba en el suelo y a ella le temblaban las manos. Entonces deseó intensamente que aullasen los perros, pero durante toda la noche hubo un silencio siniestro como para que ella pudiese huir hacia los cerros y arrepentirse de lo que había hecho.

Se durmió recordando el brazo tenso del hijo mayor de los Martínez. Y soñó que éste se le acercaba y le decía que podían casarse. La vejez no

le impediría tener un hijo, y de ese modo Carlos le sería restituido. Cuando naciera, matarían a todos los perros. Abrió los ojos sobresaltada. Las ropas sobre las sillas parecían largos cilindros de trapo. Presintió hacia el resto de la cama su cuerpo apenas tibio, viejo y estéril. Las carnes gastadas caían sobre las sábanas y se erguían en cambio sus huesos, duros y como si brillasen. Se acordó de su marido. Siempre se despedía con un brazo alto y tenso. Pensó, dispuesta a dormir un poco más, que no huiría más de la visión del criminal. Lo enfrentaría hasta vencerlo. Evitó el recuerdo de la azada en sus propias manos y se levantó. Andando podría liberarse de los pensamientos. Alzó los ojos y vio los cerros, imponentes, las gradaciones de las lomadas hasta llegar al llano donde ella estaba. Entre esos cerros estaba el matador con los ojos hundidos por el hambre, la ropa hecha jirones por el sol y el frío.

Ese día trabajó mucho para fatigarse. Regó el cebollar, ató algunos alambres del cerco. Mientras trabajaba sentía, como otras veces, la presencia cercana de los cerros, donde el asesino de su hijo seguía viviendo. Los pensamientos le impidieron percibir el paso lento de las horas del día, de modo que enseguida fue otra vez de anoche. Cubrió las plantas de las macetas, llevó agua a la pieza.

Estirada en el lecho miró, como esa mañana, las ropas sobre la silla. Afuera ladraba un perro. Más luego aullarían miles, enloquecidos. Antes de dormirse, o quizá ya dormida, vio que sus perros se cruzaban con los de Martínez. Habían nacido muchos y entre todos tapaban, ocultándola, la sangre de Carlos. Y seguían naciendo y ya no había memoria de nada. Cuando por fin se durmió, con la lámpara de querosén encendida, un silencio inmenso cubría los cielos y la tierra. La casa, débilmente alumbrada, permanecía como un acto definitivo. El inmóvil frío, afuera, escarchaba con instrumentos invisibles los charcos y los terrenos húmedos. El silencio era total, de ella para afuera. Por dentro, la mujer estaba llena de perros que la estremecían.

Los Martínez estaban mudándose. El mayor de los hijos fue a comunicárselo. No hay por qué odiarse, le dijo. Lo ocurrido había sido una desgracia para todos. Su padre sufría mucho también. No era cierto, como algunos decían, que su hermano fuese por las noches a comer y dormir con ellos y que durante el día estuviese escondido en los cerros. Ellos hubieran sido los primeros en entregarlo a la policía. Y ahora se iban a probar suerte en otra parte, se iban porque cada día había menos agua, causa de la desgracia, y porque todo había sido tan triste. Al decir esto último el hombre la miró como esperando que le contestase algo, pero la mujer no dijo nada, respondió sólo con gestos. El hombre se marchó y ella ahora podía recordar sus anchas espaldas y la forma del sombrero. Un hecho más se fijaba en su memoria para ayudarle a construir el esquema donde se habían concentrado sus presentimientos y deseos. Con ese esquema podía de algún modo captar a Carlos y evitar la muerte interminable iniciada aquel día.

La segunda visita del comisario, por entonces, le pareció salida de sus propias ensoñaciones. Le decía que este vez no fracasarían, se quedarían en los cerros hasta encontrarlo. Traían provisiones para varios días, pondrían centinelas en las aguadas. El comisario hablaba y a ella le parecía oír palabras sacadas de un sueño. En el furgón, cerca del camino, los demás policías aguardaban. Cuando se fueron entró en la pieza y cerró los ojos. El comisario y sus agentes se incorporaron inmediatamente a los esquemas visuales que ella guardaba en su memoria, junto al aullido de los perros y las noches interminables, al inmenso silencio que había entre los hechos y la representación que ella se hacía de los mismos.

En mitad de la noche la despertaron los tiros y los alaridos lejanos de hombres y de perros, indistintos en lo desaforado. Las luces de las linternas relampagueaban sobre piedras y cactus, se entrecruzaban arriba y chocaban contra las nubes bajas. Los hechos que vivían como soñados en su conciencia volvían a tomar formas reales terriblemente ciertas, y era como si esa noche en realidad estuviesen desenterrando al hijo a ver si era cierto lo de su muerte.

Entró y se encerró, Pensaba que sería mejor que no lo hallaran; si lo prendían la llamarían a declarar, tendría que retroceder en el tiempo, sacarse los hechos de adentro y entregárselos a otros, con lo que se quedaría sola en esa casa devastada, Tomó la lámpara y fue a la pieza contigua, como para cerciorarse de que no había nadie allí, Al levantar la cortina de arpillera que servía de puerta divisoria, miró uno por uno los muebles del cuarto de su hijo; la cama baja y aplastada, con respaldos de hierro descascarados; el ropero de luna ovalada, cubierta con un trapo negro; el soporte de hierro para la palangana, la ventana de madera maciza, la mesa cubierta de sillas boca abajo, Volvió a su pieza, colgó la lámpara en un clavo y se echó en la cama, Un instante después se incorporó, casi de un salto; alguien afuera había quebrado ramas secas al pisarlas, Cuando se acercó a la puerta para abrirla y salir, los golpes en la misma la inmovilizaron, Eran leves, como contenidos, Abrió la puerta, Lo que vio era horrible,

Por un instante creyó que era Carlos, Tenía los ojos hundidos, el cabello hasta los hombros, la barba bifurcada en hebras enmarañadas, Había entrado allí como única salida; de lo contrario su captura hubiera sido cuestión de pocos minutos,

Nunca sabría por qué lo dejó entrar, Con un gesto le indicó el cuarto contiguo, La ropa deshecha dejaba ver las heridas producidas por el roce de espinas y de piedras, Cerró la puerta con la traba y se acercó para mirarlo bien, Parado en medio de la habitación, tiritaba de frío o de miedo, La vieja sacó una frazada del baúl y se la echó a los pies, El la tomó y se cubrió la espalda,

Cuando los policías llamaron violentamente, fue al cuarto contiguo y abrió, lámpara en mano, Lo encontramos en la primera aguada, dijo el comisario, Después se nos escapó de entre las manos, No quisimos matarlo, Habló atropelladamente y se fue sin esperar respuesta,

La vieja entró procurando disimular un temblor de piernas que entorpecía sus movimientos, aterrada por lo que estaba haciendo, Sin tratar de explicárselo, porque sabía que cualquier explicación removería unas honduras que prefería no ver, Poco después se sorprendió preparando alimentos para él, Abrió otra vez la puerta y miró hacia afuera como para

asegurarse de que el comisario no volvería. Los haces de las linternas apenas se movían en la casa de los Martínez, donde ahora vivía otra familia. Realizaba esos actos con una turbación que no le permitía percibir el sentido de los mismos. Con los alimentos en una mano y en la otra la lámpara, se asomó al cuarto contiguo. El hombre había desaparecido. La ventana, entreabierta, oscilaba sin ruido.

(Dios mío, hubiera sido mejor no dejarlo entrar; todo fue hecho sin reflexión; esta noche es muy grande, seguramente nunca terminará, y está llena de gritos y de perros enloquecidos).

Ahora los perros ladraban otra vez, en la casa de los Martínez quizá, y las linternas se movían con agilidad felina. Algún rayo de luz llegaba hasta los lindes de su propia casa. Miraba todo esto desde el patio, tratando de captar nuevamente en su razón lo que acababa de ocurrir. Después entró y se acordó del aspecto salvaje y de los ojos tan hundidos del muchacho. Al rato oyó un ruido muy suave en la ventana y supo que era él. Durante tanto tiempo de vida cerril había adquirido movimientos suaves y perfectos, de caza y acechanza. Cuando ella entró, él estaba de pie en medio del cuarto. Lo miró detenidamente, sin atinar a decir nada. El hombre, con una voz ronca apenas audible, dijo "estuve en el horno", dos veces, porque la primera fue sólo un gruñido lo que salió de su boca.

Los días siguientes fueron para ella sucesivos tumultos de los que apenas tuvo conciencia. El hombre no salía del cuarto durante el día y por la noche recorría los alrededores. A la semana habló. Lo hizo casi con violencia, encarando de pronto a la vieja. Le dijo que si lo quería entregar que lo hiciera ya mismo; que había acudido a ella porque no tenía otra salida, y en última instancia no sabía por qué; nunca había odiado a Carlos. "Era como mi hermano, lo maté por descuido; él me atacó primero, quiso matarme; es cierto que yo robé el agua. Me había amenazado varias veces". Dijo las últimas palabras mirando al suelo. Oyó que la vieja lloraba echando la cabeza sobre la mesa. El se quedó en el centro del cuarto, como si ése fuera el lugar de su castigo. Al rato la mujer le dijo que tendría que abandonar la casa esa misma noche.

(Y afuera, donde todo es furia y castigo, los perros comerán sus hilachas y después sus carnes, y vendrán desde los cerros animales insaciados).

Con las primeras luces, no sabía si soñaba o no que al lado había algo como el hijo. El sueño y la realidad se mezclaban hasta formar una nueva situación que contenía desde las linternas en el aire hasta el gruñido que intentaba decir "estuve en el horno". Los hechos llegaban como desde lejos, cronológicamente, deteniéndose y demorándose como grandes manchas. En la última, que parecía fijarse para siempre, ella le decía al muchacho que abandonara la casa. Y tenía miedo de que él hubiese obedecido.

Miró otra vez su cuerpo largo y seco, las puntas de los huesos que sobresalían bajo la frazada y las carnes que caían vacilantes. Miraba pensando entre sueños que ahora tenía un hijo, sus huesos vacíos habían alumbrado otra vez. Despertó en el centro de una urgencia de saber si el asesino de Carlos se había ido finalmente.

Tendió el oído, y ningún ruido delataba la presencia inmediata. Al asomarse lo vio echado sobre los trapos, cerca de la cama de Carlos. Dormía. Sobre una silla de cuero, las ropas que apenas podían cubrirle el cuerpo; restos de una camisa descolorida, el pantalón hecho jirones, los zapatos duros y vítreos con las puntas levantadas. El, desprovisto de la escasa ropa y apenas cubierto con la frazada, tenía ahora otro aspecto. La belleza de sus rasgos duros, y la flacura, que no había menguado la firmeza de sus carnes, le recordaron a Carlos. Se había cortado toscamente la barba y el cabello. Ella se acercó despacio y tomó la ropa de la silla. Volvió a su cuarto, hurgó un rato en una caja de cartón y sacó los enseres de coser. Debajo de un árbol, en el patio, mientras la pava hervía en el brasero, cosía aquellos restos de ropa para que volviesen a parecer un pantalón y una camisa.

El pasaba el día en el cuarto de Carlos, y recibía en silencio los alimentos que ella le daba en las horas precisas. La mujer vivía perpleja y la muerte del hijo, allá lejos, le parecía un hecho gastado. Solía tener pesadillas y ahora los personajes cambiaban o se confundían; el muerto era

el comisario, y Carlos estaba en los cerros, O intervenían seres desconocidos, muchos, centenares de hombres y mujeres que presenciaban un espectáculo inacabable, donde intervenían hombres y mujeres parados unos enfrente de los otros, mudos, inmóviles, mientras otros, miles y miles, cantaban con voz arenosa incitando al asesinato y a la muerte. Otras veces el coro estaba formado por policías cenicientos que ofrecían sus armas para que el hecho se consumase de una vez por todas. Únicamente los dos hombres no variaban, frente a frente, casi juntos.

Una mañana en que ella entraba silenciosamente al cuarto para dejarle allí, sin hablarle como siempre, un calzoncillo que le había hecho, el hombre, semidormido, extrajo un cuchillo de la almohada y se levantó de un salto. Cuando la vio, según lo recordó ella después, quiso sonreír. Aunque acaso sólo fuese una mueca que se le parecía.

"Creí que abrían la ventana", dijo y volvió a acostarse. "Déme ese cuchillo", dijo ella, y el hombre se lo entregó vacilando.

Era el cuchillo de Carlos. Al verlo volvió a cambiar todo, el coro se hizo más potente y su música ya parecía intolerable. Ahora entre los dos hombres inmóviles algo había variado también. Carlos se movía, oscilaba como un péndulo y sostenía un cuchillo. El cuchillo del hijo, en las manos del otro hombre, era como un tercero que nadie conocía y que a la distancia había tramado los hechos.

Le hubiera gustado decir "*con este cuchillo quiso matarme*", pero sabía que la sola presencia del arma valía más que sus palabras. La mujer hubiera querido preguntar "*¿y quiso matarte?*", pero prefirió no hacerlo, hubiese sido como herir a Carlos, como si ella misma bajase ahora la azada, tan quieta, para que ésta le diese el golpe mortal.

Le dijo que podía irse cuando quisiese, en busca de sus padres; el peligro de captura había desaparecido, la policía había abandonado la búsqueda. El calló como aceptando, sintiendo que sus padres eran un suceso remoto, aislado por el crimen; en el mundo no había más realidad que esa vieja y la muerte de Carlos, de cuya culpa lo salvaba la permanencia en ese cuarto.

Una mañana muy temprano salió a recorrer el predio. Con las herramientas halladas en el galpón labró la tierra todo el día. Ella le

llevó alimentos al lugar de trabajo, como en tiempos de Carlos. En pocos días aquí y allá el verde volvía a aparecer. Las horas de riego fueron aprovechadas nuevamente y las acequias, otra vez, llevaban el agua a todas partes. Por las noches la mujer desde su lecho escuchaba los ruidos del agua, que anulaban las significaciones antes terribles del aullido de los perros, pobrecitos, tienen miedo, se decía ahora la mujer.

Una tarde al volver de las tareas encontró la mesa puesta. Comieron juntos por primera vez después de tanto tiempo de silencio. Hablaron del trabajo, de las cosechas de primavera. En el cuarto se encontró después con una presencia inesperada: la cama de Carlos, prolijamente tendida por la vieja.

(Y yo podría decir toda la verdad, contar las cosas tal como fueron y demostrar que si hubo muerte fue por error, porque yo no creía que el golpe de una azada, dado con la misma fuerza que se usa para labrar la tierra, hubiese podido matarlo; pero quizás un cuchillo en la mano, mientras se mira con odio, pueda ser realmente la muerte; ahora eso no tiene valor y el golpe de la azada que lo mató me duele como si yo mismo fuese Carlos).

Aquel día parecía de fiesta. El trabajó hasta mediodía y al volver a la casa vio todo adornado: una lona nueva en la puerta, a manera de cortina, dos jarros de aluminio, nuevos, y comida de festejos. "Qué rico olor", dijo al entrar. Ella iba y venía, entusiasmada con sus tareas. Al lado de la mesa, una damajuana de vino. El piso de ladrillos, barrido y regado, aunque hacía un poco de frío.

Quando preguntó por el motivo del agasajo, ella respondió: "hoy es su día". Y ante su gesto de extrañeza o incomprensión, la mujer aclaró: "el día de él".

Yo también me llamo Carlos, le dijo en un momento, y contó hechos triviales de su infancia, cuidadoso de que en los mismos no hubiese violencia. Cuando acabó de contar los tres o cuatro hechos más o menos relevantes que constituían sus 22 años de vida, ella le habló de historias conocidas, cuentos de viejos que el muchacho comentó como si nunca los hubiese oído. Al término de la comida el vino había subido los ánimos.

Rieron de las cosas más triviales y al final ella lloró, Quiso consolarla diciéndole que lo mejor era olvidar, "No, no es por eso", dijo la mujer,

Después de una larga siesta, cuando él preparaba los surcos para el riego de esa noche, "venga", le dijo la mujer levantando un brazo,

Abrió el ropero del hijo, cerrado con llave desde su muerte, y señalando pantalones y camisas descoloridas y un par de zapatos rellenos de papel le dijo "tome, ahí tiene su ropa", Y de un tirón descolgó el trapo negro del espejo, donde él vio aparecer su figura en primer plano, y más al fondo la de ella,

Tuvo miedo de verse, Era como si Carlos mismo lo estuviese mirando desde allí, esos ojos que estallaban de tan vivos, Cuando los bajó, vio de reojo que la mujer, fuera del espejo, le tendía la ropa del hijo, Pensó negarse, le parecía una usurpación, Pero la naturalidad del ofrecimiento lo decidió a tomarla, Ella se fue y enseguida desde el patio le dijo que quería verlo vestido como la gente, Sintió una súbita alegría y comenzó a vestirse, Se miró al espejo, esta vez sin miedo, Hacía tanto tiempo que no se miraba, que le parecía ser otra persona,

Al rato salió, diciendo que los cuellos de las camisas eran todos estrechos, Vestía una chaqueta algo descolorida y pantalones azules, Se quejó de que los zapatos le ajustasen un poco, La vieja lo miró largamente, Las arrugas de su cara, endurecidas, se concentraron alrededor de esa mirada, Hasta que aflojaron, cuando la mujer, obedeciendo a un impulso que le brotaba del fondo de sus huesos rejuvenecidos, empezó a sonreír, ♦

ARTISTAS DE VARIEDADES

Cuando llegó a la capital, Ismael deseaba muchas cosas. Cambiar de rostro, por ejemplo. Por qué no. Seguramente hasta eso sería posible si lograba permanecer en esa ciudad deseada desde su infancia, que siempre lo había esperado generosamente para darle también a él la posibilidad de acceder a esas cosas más o menos vedadas que se sueñan desde lejos y que ella, con sus siglos de existencia, poseía en plenitud.

Era verdad, según se lo habían anticipado, que la mayoría de las cosas soñadas desde la aldea aquí no existían. Pero eso no mermaba su capacidad de expectación, la certeza que tenía de la existencia de unos hechos ocultos que él, a falta de mejor palabra, llamaba maravillas.

Los nativos, encasillados en la costumbre, respondían con muecas negativas cuando él mencionaba esas posibilidades. Las definían como ilusiones de recién llegado. Cuando dentro de unos años seas uno más entre nosotros, verás que aquí lo único que existe es lo que se ve todos los días, y más allá no hay nada, esto es una mecánica idéntica a sí misma desde siempre.

Vivió más de veinte años en pensiones, mimetizándose con sus vecinos ocasionales, aceptando como suyas sus costumbres, desde ir a los bailes hasta las palabras cruzadas, pasando por la afición a los deportes, actividades que practicó sin placer, sólo por ver adónde conducían y por si al final de todo, agotados esos caminos, alguna cosa diferente aparecía en el horizonte.

Un compañero de habitación lo introdujo en la práctica de seducir sirvientas en los barrios ricos, mujeres menos complicadas que las otras, que se entregaban libremente sin

tantas exigencias y casi sin palabras, y acaso en alguna de ellas, dijo su compañero, uno pueda encontrarse finalmente con el verdadero amor.

O con alguna de las maravillas presentidas, por qué no, decía Ismael ante el espejo arrancándose de las cejas unas canas prematuras, contento de no haberse entregado a la desesperación al cabo de los años, creyendo que en cualquier momento, aunque fuera una sola vez en la vida, alguna de esas cosas ocultas se le revelaría. Porque para eso había venido a la ciudad y por eso esperaba.

Una de esas sirvientas, de cara aindiada y extranjera en su propia tierra, con la que había pasado la tarde en ese hotel por horas, le dijo que por favor la acompañara hasta la casa donde trabajaba. Ella no era una de las maravillas presentidas, ni tampoco lo contrario. Estaba a mitad de camino entre los polos, y su cuerpo, de una hermosura neutra, era el rostro de la multitud, la cara real de la ciudad antes soñada, concentrada ahora en ese gesto que era la desnudez de la muchacha, resultado no del asombro sino de una mecánica milenaria.

En el trayecto hacia la casa se encontraron con un teatro/bar al aire libre, donde se ofrecía un espectáculo de variedades. Ella sin interés, por haber ido allí tantas veces con otros novios ocasionales menos sensibles que Ismael, él con los ojos muy abiertos a la espera de que en ese pequeño escenario suburbano las maravillas entrevistadas en su primera juventud se le revelasen finalmente.

El presentador del espectáculo, vestido de blanco, apareció por una puerta y con su sola presencia se apoderó no sólo del

espacio del escenario sino del que ocupaba el público, especie de gran patio delimitado por un tejido de alambre contra el que Ismael y la muchacha estaban apoyados. El hombre tomó el micrófono y probó su voz, sin decir nada específico; los sonidos salían por su garganta desde lo profundo de su cuerpo, como si se tratara de un instrumento músico. La aparición exaltó el corazón de Ismael, que se convirtió en una caja de resonancia cuando lo oyó hablar. Aquellas sílabas sueltas y sin sentido lo decían todo sólo con la vibración, penetraban dentro de él y abrían de par en par las puertas a los milagros presentidos.

Nombraba uno por uno a los artistas que actuarían en ese espectáculo maravilloso nunca visto, llegados de tierras remotas para placer y encantamiento de esta apacible villa, y uno por uno, por el poder de la palabra, se convertían en realidades absolutas antes de aparecer en el escenario, en héroes salvadores que venían al presente desde el fondo de los tiempos a darle justificación y sentido a la ciudad que agonizaba en sus rutinas.

El locutor dejó para lo último al artista principal, el fabuloso Hombre de las Mil Caras, y al mencionarlo hizo con su voz una coloratura que estremeció a la multitud. Se trataba de un hombre que ofrecería un espectáculo realmente sublime que cambiaría la existencia de quienes supieran mirar e interpretar las mil caras diferentes que esa misma noche mostraría al público.

Tras la enumeración de los artistas el hombre de blanco, utilizando otra voz igualmente maravillosa (tenía miles, como el de las caras), entonó el nombre de las casas comerciales que patrocinaban el espectáculo. Y cuando nombró los productos que

vendían, Ismael, aun sabiendo que se trataba de simples mercancías, las sentía, por efectos de la voz, como objetos trascendentes que cargaban la existencia de significados y presentimientos. Compraría todo eso ya mismo, pensaba, temblando ante las palabras que salían por los altavoces colgados en los árboles, mientras fijaba sus ojos codiciosos en la puerta lateral por donde aparecerían los artistas de un momento a otro. "Vamos, es aburrido", dijo la muchacha intentando iniciar la retirada. Ismael, metiendo los dedos en los rombos del tejido de alambre, como queriendo pasar al otro lado y acercarse al lejano escenario hasta poder tocar a los artistas con sus manos, le dijo que se callara por favor.

Artistas de variedades

Cuando llegó a la capital, Ismael deseaba confusamente muchas cosas, Cambiar de rostro, por ejemplo, Por qué no, Seguramente hasta eso sería posible si lograba permanecer en esa ciudad deseada desde la infancia, que siempre lo había esperado generosamente para darle también a él la posibilidad de acceder a esas cosas más o menos vedadas que se sueñan desde lejos, y que ella, con sus siglos de existencia, poseía en plenitud,

Era verdad, según se lo habían anticipado, que la mayoría de las cosas soñadas desde la aldea aquí no existían realmente, Pero eso no mermaba su capacidad de espectación, la certeza que tenía de la existencia de unos hechos ocultos que él, a falta de mejor palabra, llamaba maravillas,

Los nativos, encasillados en la costumbre que tenían de la ciudad, respondían con muecas negativas cuando él mencionaba esas posibilidades, Las definían como ilusiones de recién llegado, Cuando dentro de unos años seas uno más entre nosotros, verás que aquí lo único que existe es lo que se ve todos los días, y más allá no hay nada, esto es una mecánica idéntica a sí misma desde siempre,

En veinte años de vivir en pensiones, su incapacidad de reacción lo llevó a mimetizarse con sus vecinos ocasionales, aceptando que le impusieran sus costumbres, Y así recorrió una extensa escala de actividades que para ellos eran maravillas concretas, tales como juegos de naipes y revistas, bailes populares y deportes, que Ismael practicó sin placer, sólo por ver adónde iban sus amigos y por si al final de todo, agotados esos caminos, algo diferente aparecía en el horizonte,

Un compañero de habitación, más joven que él, lo introdujo en la última de sus prácticas; la seducción de sirvientas en los barrios ricos, Eran mujeres menos complicadas que las otras que te ofrecía la ciudad, se entregaban libremente sin exigirte nada, y acaso en una de ellas hallaras finalmente el verdadero amor,

O alguna de las maravillas presentidas, por qué no, decía Ismael ante el espejo arrancándose las primeras canas de las cejas, contento de no haberse entregado a la desesperanza al cabo de los años, creyendo que en cualquier momento, aunque fuera una sola vez en la vida, alguna de esas cosas ocultas se le revelaría. Porque para eso había venido a la ciudad, y por eso esperaba.

«Se te revelará», le había dicho un pensionista casi acabado por la soledad y la lucha estéril por la vida, «en la más insignificante de las situaciones, y con el aparentemente menos importante de los seres».

El menos importante de los seres que había conocido, una muchacha morena que apenas superaba a un dulce animalito, extranjera en su propia tierra a causa de su exasperante marginación, se vestía avergonzada en el cuarto de ese hotel por horas. Tenía, según vio Ismael, el rostro de la multitud, ese resultado doliente de una incesante repetición mecánica y fatal. Era la cara de la ciudad antes soñada y ahora brutalmente cierta, una multitud concentrada en un gesto.

Maravillado pero a la vez temeroso del descubrimiento, se apresuró a desprenderse de ella diciéndole que la acompañaría hasta su casa. En el camino se encontraron con un teatro-bar al aire libre, en cuyo escenario se ofrecía un espectáculo de variedades. Ella quiso seguir pero Ismael, atraído por la propaganda que emitían los altoparlantes, le pidió que se detuvieran un momento, a ver de qué se trataba.

Sin entrar, apoyados contra la alambrada delimitativa, veían desde lejos el espectáculo de los artistas de variedades. Ella sin interés, por haber ido allí tantas veces con otros novios ocasionales menos sensibles que Ismael, él con los ojos muy abiertos ante la sospecha de que acaso en ese humilde escenario de un parque suburbano las maravillas entrevistas se le revelasen.

Un animador vestido enteramente de blanco, en cuanto apareció en el escenario y probó su voz en el micrófono, abrió para Ismael unas puertas hasta entonces inexistentes, súbitamente reveladas. Jamás había oído una voz tan segura y comunicativa, una voz que vibrando trasladaba a quienes la oían sus contenidos sonoros; Ismael vibraba al escucharlas, como sacudido por palpitaciones eléctricas. Y sólo por el calor viviente que

El primero en aparecer fue un malabarista, precedido por los objetos que danzaban en el aire y regresaban a sus miles de manos para ser lanzados nuevamente, finisimos platos y copas de cristal, nuevos y otros objetos de extrema fragilidad y caída irreversible. Dos hombres que aparecieron unos segundos después, con acordeón y batería, ilustraban rítmicamente los momentos culminantes del malabarismo, que eran casi todos, las más frágiles de las copas, para los ojos atentos, estaban siempre en el aire y en la misma posición, como detenidas, y sin embargo, con velocidad de rayo, iban y venían de las manos del malabarista, que despreciando todos los riesgos se lanzaba a ese fantástico equilibrio, «genial», dijo Ismael cuando el hombre acabó su número, y fue, de los que miraban desde afuera al otro lado del alambrado, el único en aplaudir.

Ismael, aun sabiendo que se trataba de simples mercaderías, por la fuerza que comunicaba aquella voz las sentía como grandes objetos luminosos que salían al encuentro de la vida para cargarla de significados. Compraría todo eso ya mismo, pensaba, también al ritmo de las palabras deformadas por los altavoces y los ojos fijos en la puerta lateral por donde aparecerían de un momento a otro los artistas; compraría todo eso ya mismo si ello contribuía a acelerar la aparición del número final. «Vamos, es aburrido», dijo la muchacha, intentando iniciar la retirada. El le ordenó silencio y se aferró a la alambrada.

El hombre enumeró a los artistas que participarían de ese espectáculo maravilloso nunca visto, llegados de tierras remotas para hacer encantamiento de esta villa apacible, y uno por uno, aun antes de hacerse presente en el escenario, se le convirtieron en realidades absolutas, en héroes salvadores que venían al presente desde el fondo de los tiempos, a darle justificación y sentidos a la vida ciudadana. El animador dejó para el final la mención del artista principal, el hombre de las Mil Caras, espectáculo realmente sublime que cambiaría la existencia de quienes supieran mirar e interpretar las mil caras diferentes que esa misma noche mostraría al público. Tras la enumeración, el hombre de blanco, con la misma seguridad entonó los nombres de las casas comerciales que patrocinaban el acto, que sonaban a profundas revelaciones, y cuando nombró los productos a comprar, que incluían desde ventiladores hasta ropa, Ismael, aun sabiendo que se trataba de simples mercaderías, por la fuerza que comunicaba aquella voz las sentía como grandes objetos luminosos que salían al encuentro de la vida para cargarla de significados. Compraría todo eso ya mismo, pensaba, también al ritmo de las palabras deformadas por los altavoces y los ojos fijos en la puerta lateral por donde aparecerían de un momento a otro los artistas; compraría todo eso ya mismo si ello contribuía a acelerar la aparición del número final. «Vamos, es aburrido», dijo la muchacha, intentando iniciar la retirada. El le ordenó silencio y se aferró a la alambrada.

Inventar números llamativos, que valgan como hechos narrativos y no decorativos como el gaucho que sigue al malabarista, Números insólitos, que vayan preparando el clima para el hombre de las mil caras, que se supone maravilloso pero que al final queda impenetrable y como un gran misterio,

HACER APARECER UN «PALABRISTA», CON EL MISMO RANGO QUE UN MALABARISTA, QUE HAGA MILAGROS CON LAS PALABRAS, COMBINANDOLAS DE TAL MANERA QUE REVELEN COSAS NUEVAS, COMO HORIZONTE YA, LEJOS AQUI,(SON VARIANTES DE LO MISMO), VISUALIZAR LAS PALABRAS ARROJADAS AL AIRE Y CAPUJADAS SABIAMENTE, INTENCION; CREAR NUEVAS REALIDADES, NO CON EL LENGUAJE CONVENCIONAL DE LA POESIA SURREALISTA POR EJEMPLO, SINO BUSCAR SONIDOS NUEVOS,

La guerra
Para que no entre
una putida de tenis
Anthropos pempedus
civilización y barbarie
Para los hijos de Germiniano
El estuche del cocodrilo
Mi tío vive en Navidad
Por mil días

Los mil días

Muy hacia atrás en tiempo y en espacio estaba el océano con el barco en que trajeron el baúl, lleno de objetos innecesarios para un viaje que, se sabía de antemano, no tendría regreso; más cerca, el puerto de Buenos Aires y la ciudad con sus miles de inmigrantes y la "Casa América" donde compraron el acordeón; luego, la pampa interminable; y mil kilómetros adentro, las sierras con la casa que construyó el abuelo (torcida como él), y en el lugar más limpio y espacioso de ella, el baúl traído de Italia. Desde allí hasta el mar, todo lo que había o pudiera haber, incluyendo los recuerdos, eran simples alrededores del baúl. Contenía el pasado, y especialmente el futuro, protegidos por aquella tapa forrada con felpa por dentro y reforzada por fuera por esos flejes en cuya herrumbre perduraban huellas del océano.

Nadie sabía con certeza lo que el abuelo italiano, que era ladeado como la Torre de Pisa y caminaba como empujado por sus años, guardaba en el baúl, que apenas podía cerrarse de atestado que estaba. Salvo Juan, un nieto recién llegado a la casa, que espiando cada vez que el viejo lo abría había visto entre su contenido un cofre, ropa vieja, fotografías y una escopeta de dos caños.

El niño apenas conocía al abuelo. Para hacerse querer le encendía la pipa sin que se lo pidiese, le ayudaba a regar la huerta, quitaba migas y pelusas de sus bigotes y le llevaba el banquito hasta el naranjo bajo cuya sombra se sentaba a tocar casi todas las tardes unas músicas que había traído del Brasil.

Con una inclinación de casi 15 grados estando normalmente parado, y un poco menos si se desplazaba, el viejo era suave y blando como un oso de peluche; salvo cuando hablaba de la inflación, vinculándolo todo con la manutención de tantos nietos a su cargo y gritando hacia los cuatro vientos su eterna desilusión de desterrado.

Los hijos varones abandonaron el hogar tempranamente para buscar trabajo en las grandes ciudades. Las hembras, con hijos de padres desconocidos salvo la menor, permanecían en la casa, en habitaciones de emergencia construidas por el viejo en los fondos de la casa a medida que iban naciendo nuevos nietos. Al padre de Juan sí lo conocía. Llegó de Buenos Aires trayéndole el nieto y la noticia de la muerte de la hija mayor. Dijo que les dejaba el niño por un par de meses para que lo conocieran y no volvió a aparecer nunca más.

Cuando el baúl y el abuelo, según recordaría Juan al convertirse en un adulto melancólico, llegaron de Italia después de vivir unos años en Brasil, el uno con sus maderas todavía resinosas y el otro ilusionado pero con "saudade", traían dinero suficiente para una descansada vida en un país de sueño. Pero bueno, el país fracasó y apareció la inflación como una pesadilla.

La tarea de criar hijos es lentísima, ya se sabe que la naturaleza dedica mucho tiempo a la maduración de sus criaturas. Las hijas, contagiadas de esta lentitud, adaptaban los hechos de la vida a ese ritmo, como quien pone un reloj en hora. Las urgencias del viejo no contaban para ellas, que llenaban las interminables siestas del verano y las noches del invierno con

la lectura de revistas del corazón, mientras esperaban la llegada del cambio de los dientes de leche y la aparición de las primeras muelas. Por esa razón tardaron tanto tiempo en comunicarle al viejo la novedad de que la menor de las hijas había quedado embarazada, tanto que la revelación coincidió con la evidencia física. Del padre, como siempre, no se sabía nada.

Tempranísimo en la mañana las voces del viejo despertaron a Juan, que entre sueños se quedó pensando en sus palabras, según las cuales no era el embarazo la causa de su disgusto sino el anonimato del progenitor. El anciano había iniciado un discurso contra todo, que prometía durar el día entero. El niño esperó durante toda la mañana, arrancando hierbas en la huerta, a que acabase de gritar y volviese a ser el abuelo de siempre rememorando en el teclado del acordeón, bajo el naranjo, los días felices del Brasil. Pero ya era la tarde y los gritos seguían, y para colmo sin obtener ninguna respuesta, ni siquiera un gesto, de la hija afectada, ni siquiera un alzar los ojos del tejido o la revista: ella seguía, con lentitud biológica, ajena a todo lo que pudieran decirle sobre su situación.

Después de la comida, la abuela, un poco por defender a sus hijas pero en realidad por deseos de pelear con su marido (una actividad que siempre le produjo placer), resolvió romper el monólogo del viejo y dando un grito que desubicó y puso fuera de lugar todo lo que el inmigrante llevaba dicho hasta ese momento, le dijo en la lengua que trajeron del mar que antes que nada eso que él llamaba hembras o demonios eran mujeres desvalidas, y él directamente un monstruo de este mundo, *poverella, sei tu il diàvolo*, y cuando acabó de hablar, el viejo no sólo ya no tenía

razón sino que además era el verdadero y único culpable de todo, como había resultado evidente en las discusiones sobre los embarazos de las otras hijas.

El niño esa noche en sueños vio que el viejo, de pie dentro del baúl, gesticulaba y gritando amenazaba a todos, incluyéndolo a él, y al día siguiente y no en sueños le oyó decir que bueno, que naciera otro niño sin padre conocido, pero que cuando se acabara el poco dinero que habían traído del Brasil todos, incluyéndolo otra vez a él, morirían de hambre.

Sus gritos o desahogos de un día no eran ni siquiera un detalle en el tiempo empleado por los embarazos; ni mucho menos en el de crianza de los niños. Ellas se tomaban todo el tiempo del mundo para verlos crecer, cosiéndoles la ropa en la vieja máquina Singer que vistió a generaciones, ropa que luego lavaban en grandes tinas con agua del río vecino, y leían, en esas revistas por entregas, unas historias de amor que nunca terminaban, dejando que la vida fluyese yendo a lo suyo con la sabia lentitud del tiempo, sin las vociferaciones del viejo, que pese a su estridencia jamás podrían alterar el ritmo biológico de las muertes y los nacimientos.

Fue durante uno de esos inviernos en que el tiempo se demoraba cuando el abuelo, que apenas podía caminar y ya casi no tocaba el acordeón, se enrareció con él como si hubiese dejado de quererlo, después de recibir una carta de un remoto hermano al que había pedido ayuda, y que se la negaba por estar tan pobre como él en ese Brasil que ya no era el de antes. Después de esa carta el viejo, en vez de hablar con él, murmuraba para sí reivindicando a la olvidada Italia y maldiciendo al barco que lo

había traído al Río de la Plata.

Después algunos de los hijos que se habían ido a Buenos Aires regresaron y le dieron alegría, pero después del encuentro y de la recuperación de lo perdido volvieron a las grandes ciudades dejándole una soledad más evidente. Fue entonces cuando el viejo, tras una discusión muy fuerte con todas las mujeres, dijo que iba a matarse.

Juan, absorbiendo las palabras del viejo, las vinculó con ese baúl casi mitológico que ocupaba no sólo el lugar principal de la casa sino el lugar principal de la vida. Porque siempre, ante una situación extrema, se recurría a ese baúl que parecía contener toda la alegría y la desdicha del mundo.

Cuando las mujeres y sus críos salían, y dejaban de oírse sus voces y las novelas de la radio, un silencio que de alguna manera se vinculaba con el mundo del baúl se hacía ostensible para Juan. Aquella tarde, la más larga de agosto, recortaba papeles sentado en su cama. El viejo estaba en la habitación contigua, pero no se lo oía ni respirar. En eso se escuchó claro en medio del silencio y de la tarde el ruido de la tapa del baúl que se abría. Se quedó muy quieto, sintiendo el peso de las tijeras, mientras el silencio que siguió al ruido de la tapa era casi intolerable. Por fin el viejo habló llamándolo para que le ayudara a limpiarlo.

El viejo, sentado en una banqueta, hurgaba en el arcón. El, sentado en el suelo, no tenía acceso visual a la abertura del mueble y recibía los objetos que le pasaba el viejo para que los clasificase en montones según se tratase de ropa, papeles o retratos. Por sus manos pasaron prendas de vestir de parientes

que habían quedado enterrados en Italia, cartas amarillas de trazos carcomidos y un pequeño cofre de madera que, por la mirada y el cuidado que puso el viejo al pasárselo, contenía el dinero que le quedaba del que había traído hacía veinte años del Brasil para vivir tranquilo el resto de sus días. Por alguna grieta se escapó una moneda. La tomó y cuando iba a ponerla en su sitio, el abuelo le dijo que podía quedarse con ella.

Después vino la escopeta, que ante la tranquilidad de la tarde invernal y la del viejo perdió una parte de su ferocidad. Luego le pasó un retrato de mujer. Tu madre, le dijo rápidamente y siguió hurgando.

Nunca había visto fotos de ella. Como todo lo que fuese de papel allí dentro, se resquebrajaba. La mujer, una muchacha, tendría unos veinte años y sonreía sosteniendo una flor; desde la silla donde estaba sentada hasta el borde inferior de la fotografía se extendía fina y larga la sombra del fotógrafo que la tomó. Es tu padre, dijo el viejo señalando la sombra.

El viejo tumbó el baúl boca abajo desparramando el resto de su contenido y le dijo que trajese el plumero. Recorriendo las piezas en su busca tuvo miedo. Con torpeza rozó repisas cuyos objetos de vidrio se estrellaron contra el suelo, se lastimó un dedo en el clavo donde finalmente lo encontró, y vio una araña deslizarse veloz por una viga del techo. Volvió a la carrera sintiendo que la casa entera era un baúl donde sus pasos retumbaban.

Una mañana el viejo despertó a todos con sus gritos, anunciando que el dinero del baúl estaba a punto de acabarse y

que cuando esto sucediese se morirían de hambre. Las mujeres respondieron gritando todas al mismo tiempo llamándolo tacaño y miserable. Al anciano se le debilitó la voz hasta las lágrimas, sin que esto convenciera a las mujeres, que lo iban arrinconando sobre la pieza a medio construir destinada al hijo de la menor. Aparatosamente sacó afuera los bolsillos del pantalón, miren lo que me queda, dijo, de un bolsillo cayeron unos dientes de ajo y del otro un billete de un peso arrugadísimo. Se lo entregó a Juan solemnemente diciéndole que fuera a comprar la comida del último día.

Salió corriendo sin lavarse la cara. El abuelo, al anunciar otras veces situaciones similares aunque no tan terribles como ésta, siempre le había hecho un guiño que lo excluía de la desgracia anunciada. Esta vez no, de modo que correría la suerte de todos. Pero no se asustó, era excitante ser protagonista. Cuando regresó con los víveres, el viejo había desaparecido.

Durante las primeras horas hubo temores serios, aunque no comunicados, de un posible suicidio. Sin embargo ninguna de las hijas ni la mujer salieron a buscarlo. Uno de los nietos lo descubrió, hacia el final de la tarde, en el patio de una finca próxima, sentado en un tronco, hablando normalmente con su propietario, un criollo al que en varios años apenas había dirigido la palabra. Había comido con ellos y ahora estaban por cenar, como grandes amigos.

Las mujeres no comentaron el hallazgo, estaban serias y ni siquiera habían prendido las radios. De golpe se pusieron a discutir entre ellas y Juan se acostó y se tapó los oídos con migas de pan para no escucharlas. Pensaba en los resultados de

la situación anunciada por el viejo tras el descubrimiento de que el cofre que contenía el dinero dentro del baúl estaba vacío. Moriría uno cada día y los cuerpos quedarían desparramados por la huerta. El abuelo caería cerca del pozo de agua, él un poco más allá pero casi a su lado, la abuela contra los ligustros del fondo, las tías todas juntas en el galpón, los demás nietos por ahí por los canteros. El criollo vecino vendría a recogerlos en un camión rumbo al cementerio, cada uno en su cajón salvo el abuelo, que sería enterrado en el baúl. Palpó la moneda que tenía en el bolsillo. Durante un momento le pareció una esperanza de prolongación, aunque fuera momentánea, de la vida. Pero si para vivir un día se necesitaba un peso, aquella moneda, que era apenas una de sus fracciones más pequeñas, apenas significaba unos minutos de vida que no merecían tenerse en cuenta.

El viejo regresó a la casa antes del amanecer del día siguiente. Todos velaban. Las mujeres se tranquilizaron al verlo aparecer. Si volvía era porque aceptaba una vez más las leyes del juego que de tanto en tanto intentaba eludir.

Lo acosaron en cuanto entró. La abuela, "en nombre de mis hijas y mis nietos" y aún de los nietos por venir, avanzó hacia él demostrándole mediante la revelación de hechos pasados que ella guardaba rencorosamente, que únicamente él y su manera de afrontar la vida era el culpable de todo lo sucedido a lo largo del tiempo de su deterioro.

El viejo se defendía con poca convicción, empleando su energía en protegerse de los gritos de su mujer, que sus hijas repetían en letanías intolerables. Juan se tapó las orejas y cerró los ojos para borrar la imagen de los muertos diseminados

por la huerta.

Cuando la vieja, empujándolo con todo el peso del pasado lo arrinconó contra el baúl exigiéndole que lo abriera, Juan vio que el viejo, no se sabía si triunfante o derrotado, abría también el cofre del dinero. Adentro estaba, desnudo y solitario, un billete de mil pesos, que por sus bordes redondeados y sus extraños dibujos era indudablemente el corazón de ese baúl. El viejo enarboló el billete a la vista de todos. Y aunque después lloró, habló con seguridad y valentía. Dijo que la verdad era evidente y sólo se trataba de enunciar un hecho: a razón de un peso por día, ese último billete alcanzaba para vivir mil días exactamente. Hasta entonces él garantizaba la vida de todos. Nadie habló, ni pensó, de lo que pudiera suceder después de ese tiempo. Nadie, además, comentó la situación. Tras la derrota del viejo, las mujeres se fueron a sus piezas y empezaron a sonar otra vez las radios.

Enseguida apagaron las luces. El abuelo se paseaba por la huerta en medio de la noche, de vez en cuando se le oía murmurar palabras y gemir. Juan se acomodó para dormirse diciéndose que después de todo, aunque nada se hubiese arreglado definitivamente, por lo menos le quedaban mil días más de vida.

Una semana después el viejo volvía a tocar todas las tardes el acordeón bajo el naranjo, esas polcas, esas mazurcas, esos aires traídos en la memoria desde Minas Gerais, mientras sus tías oían las novelas radiales y leían revistas según las cuales el amor siempre triunfaba en esta vida.

El iba todos los días a comprar los víveres, apretando el billete de un peso en el fondo del bolsillo para que no se le

perdiera. Y las estaciones pasaban, y caían las hojas y las lluvias. Pero nadie decía nada sobre el tiempo que se acortaba, como si con cada billete gastado no faltase menos para el fin.

Desde entonces, a través de su larga vida, siempre tuvo que vivir situaciones extremas como ésa. Pero aquella vez, como una bendición de la infancia, ~~■~~ vio de pronto abrirse ante sí un mundo, si no encantado, por lo menos lleno de dichas posibilidades.

* * *

(1959)

UNA PARTIDA DE TENIS

Pese a la alegre perspectiva de encontrarse al día siguiente con la bellísima María para ir a jugar juntos al tenis, Marcelo, mientras intentaba dormirse, no podía evitar cierta inquietud por algo que había visto esa mañana al salir del autobús.

Bueno, se decía, María estaba seducida por fin, invitarlo a jugar al tenis era aceptarlo en su círculo. Apagó enseguida la luz, nada de lecturas, quería entregarse con fruición, mientras llegaba el sueño, a las perspectivas de la cita del día siguiente. Una cita que era un salto cualitativo en su vida de trepador desesperado. Unos cuantos golpes de raqueta, y habría superado la precariedad en la que le tocó nacer, el infierno de los parientes que lo habían criado, efímeros pero terribles sustitutos de un padre que nunca llegó a serlo cabalmente; unos golpes certeros que irían borrando el pasado hasta permitirle entrar, de la mano de ella, por las puertas altas y doradas que conducen al bienestar. Me lo he ganado; superé la miseria; leí libros; aprendí a hablar como la gente bien, se decía intentando sentirse completamente tranquilo.

Una tranquilidad que no alcanzaba a conseguir por culpa de esa cara, tan parecida a la de Pedro (uno de sus tantos parientes, ya entonces envejecido, vinculado con la época de la miseria), que había entrevisto esa mañana al salir del autobús. Pero era imposible que se tratara de ese demente: el que vio en el autobús era idéntico al Pedro joven y agresivo que estaba en su triste pasado, pero hoy su primo, en caso de vivir, sería un setentón seguramente repugnante.

Desde su lejana fuga de esa casa (que con la visión de esa mañana se convertía en un suceso reciente) no había vuelto a ver

a sus parientes. En términos de distancia había tres o cuatro provincias de por medio, caminos sinuosos y difíciles y pésimos transportes; y en términos de tiempo, bueno, eran el pasado más remoto, lo prehistórico. Pero a pesar de esas distancias, sus primos permanecían en su memoria en forma de sombras residentes que le reprochaban su evasión y el no haberlos acompañado en sus desgracias. Otras veces se burlaban de él, de su inútil refinamiento, de lo absurdo que parecía jugando al tenis como los ricos, siendo, como era, un miserable como ellos. El peor de todos era su tío, que nunca se burlaba de él ni sonreía; su sombra se movía en los insomnios de Marcelo, iba y venía como acusándolo, dispuesto a utilizar al máximo con él su tremenda capacidad de acusación y de castigo.

¿Qué hacía aquí ese miserable? ¿No tendría que estar ya en la tumba o muy viejo por lo menos? Seguramente había hecho un largo viaje para extorsionarlo. Bueno, está bien, te daré lo que me pidas pero no te presentarás ante María ni mencionarás ante nadie nuestro parentesco.

Se tapó hasta la cabeza y cerró aún más los ojos intentando huir de esa imagen inquietante, pero en la oscuridad la clara figura de su primo deforme se recortaba con más nitidez que en la luz, porque él mismo era de luz, una luz del pasado que ahora aparecía como invitándolo a regresar. Y bastaba que cayese bajo su influjo hipnótico y diese un solo paso en esa dirección para que María se borrara de su horizonte.

Lo peor que podía suceder era que Pedro apareciese en cualquier momento, especialmente en presencia de María, y le recordase su origen precario. Pero ella lo sabía, él se lo había

revelado intencionadamente (en una versión atenuada, claro), demostrándole al mismo tiempo que él poseía ciertas cualidades que revelarían una condición que ambos llamaban aristocracia espiritual, sin saber muy bien a qué se referían. De modo que no había por qué inquietarse. A dormir y olvidar.

Superada esa inquietud, asomaba en otro flujo de preocupación la certeza de que Pedro hacía mucho tiempo que aparecía furtivamente por calles y por bares, en actos públicos, en la acera de enfrente o a la vuelta de la esquina, como si él nunca hubiera conseguido liberarse de ellos y el tiempo no hubiese transcurrido, como si María fuese el sueño de un recluso. Sí, Pedro se le aparecía desde siempre, sólo que nunca se animó a aceptar el hecho y lo mantenía postergado gracias a su capacidad de no estar nunca en la realidad.

Convocadas por Pedro, las formas de su pasado aparecían como grandes luces en la oscuridad de su habitación. Precariedades y violencias, formas de la miseria y la desesperación, transgresiones innecesarias que dejaban residuos miserables. El mismo no había podido evitar el contagio y había provocado muchas veces esas situaciones desesperadas, con policías y juzgados, condenas y arrepentimientos. ¿Contagio? No. El era uno como ellos, sólo que había huido y apenas se trataba de una tregua. La presencia de Pedro en la ciudad significaba que el plazo había terminado. He venido a rescatarte, decía con risa calculada.

Y más abajo todavía estaba la revelación violenta de que vivía en una ficción. Los hechos ascendentes de su vida eran ilusorios. Todo permanecía en su punto de origen, junto a la deformidad de Pedro y a la mirada oblicua de su tío, único amo

de la situación, es decir, del tiempo, de la vida, de los sueños. De él no se podía huir. Fuera de su tremenda realidad todo era un pobre sueño. Jamás podría dejar de ser lo que fue, pese al tenis y a María. Menos mal que Pedro, acaso por piedad, no le dijo nada, se conformó con hacerse presente una vez más sin preguntarle por qué ahora hablaba de tú, sin usar el temible ¿te acordás, te acordás? Finalmente llegó el sueño y en sus bordes apareció la forma de María, acaso la salvación y por añadidura el amor.

María, rozagante en mitad de la mañana y prolongándose en sus dos o tres apellidos ilustres, borraba con su sola presencia los malos sueños que había tenido su pretendiente y a cualquier Pedro que pudiera aparecer. Sus saltos, sus golpes, el aire, el sol, el país y el sistema, la sustentaban cada vez que daba un golpe de raqueta, convirtiéndolo a él, destinatario de esa pelota, en un personaje activo de la Historia. A partir de ese momento, alguna calle del futuro llevaría su nombre, asociado al de María, claro. Y cada vez que él arrojaba la pelota al aire y daba un golpe de raqueta, se introducía entre las páginas de esa historia del futuro que ahora mismo estaba sucediendo. Cada ruido de la pelota contra la raqueta le permitía ascender un peldaño más en la difícil realidad. Qué maravilla era existir al amparo de María.

El tejido de alambre que rodeaba la cancha no tenía la altura suficiente, de modo que la pelota salía afuera a cada rato y él tenía que ir a buscarla. Cada vez que lo hacía era como salir del terreno de su salvación y entrar en los ámbitos de su

primo el deforme. Durante el trayecto fuera de la cancha, Pedro, flotando en el aire, lo acompañaba, intentando seguir el ritmo de sus pasos, como los soldados. Una vez recogida la pelota, Pedro iba de regreso con él hasta el borde de la entrada a la cancha y desaparecía. Entonces él volvía a sentirse otra vez libre, como si se hubiese evadido nuevamente de la casa de esos monstruos.

De pronto una considerable cantidad de grados del ángulo focal de sus ojos le dijo que por la calle estaba pasando Pedro, no el de la memoria sino el del autobús. El resto de la mirada optó por seguir la dirección de la pelota, que acababa de ser disparada por la raqueta en dirección a María, pero intuyó que de Pedro salía una mirada oblicua como la de su tío como diciéndole claro, ahora jugás al tenis.

¿Pasa algo?, dijo María advirtiéndole su perplejidad. No, nada, respondió mirando decididamente hacia la calle para enfrentarse de una vez con su fantasma, pero éste ya había doblado en la esquina y la calle estaba vacía y llena de luz como en un cuento de terror.

En eso María dio un golpe tan fuerte a la pelota que ésta fue a caer lejos, en una casa del extremo de la calle. El empezó a buscar con la vista a alguien que fuese a buscarla, pero María le pidió con grititos alegres que lo hiciera él.

Esta vez, curiosamente, su primo no lo acompañaba. Dobló en la esquina y llamó a la puerta de la casa donde se suponía había caído la pelota. "Adelante", dijo una voz amable desde adentro. Abrió tímidamente. En el centro de un patio grande de tierra, sentados ante una mesa enorme, estaban todos sus parientes.

Pedro, en la cabecera, lo saludó familiarmente alzando su horrible brazo corto. Los demás, con exclamaciones de júbilo, le daban la bienvenida, como si regresara a casa después de un largo viaje. Algunos chicos que no conocía porque habían nacido durante su ausencia, se prendían de su ropa y le pedían monedas. Su tío, que no había envejecido nada, se abría paso entre todos para felicitarlo por el regreso.

* * *

(1959)

daniel moyano

CUENTOS ELEGIDOS

ANTHROPOS PAMPEANUS

El ejemplar de Anthropos Pampeanus (proto argentino y uno de los primeros hombres del planeta) excavado en la Patagonia por el arqueólogo del mismo origen Florentino Ameghino, fue un rebelde sin causa y una oportunidad perdida.

Al Anthropos le gustaba salir muy temprano de su casa (unas paredes sin techo/que le servían de guarida) y entretenerse todo lo que pudiese hasta bien pasado el mediodía, hora de buscar algo de comer y llevárselo a la Anthropa y a los anthropitos.

En realidad lo que le gustaba era distraerse, haciendo o no haciendo cualquier cosa, porque el asunto del paso del tiempo y de las responsabilidades no le gustaba nada. Distraído, vagaba por las pampas cantando lo que le saliese de adentro y le sonase bien, o saltando alegremente sobre los pajonales, a veces con un solo pie, a veces con los dos, según los miedos que le planteara el día, porque era muy supersticioso. Saltaba no sólo para jugar sino para no pisar determinados lugares, especialmente aquellos donde por azar caía el tejo que siempre llevaba consigo.

La Anthropa sabía que él no iba casi nunca al lugar donde los demás practicaban el uso del dedo pulgar, ejercicio que provocaba ciertas reflexiones útiles para la comprensión del entorno que les había tocado, esas soledades infinitas que miles de años después llamaron pampas. Pero no se lo reprochaba, ella jamás gruñía, cada vez que se dirigía a él lo hacía con sonidos dulces, bien cantados, dándole a entender que comprendía perfectamente que le gustase más el juego que el trabajo. Y a quién no, pensaba la Anthropa, pero no podía decírselo, el conocimiento que tenían de los sonidos no era suficiente para expresar una idea abstracta como ésa.

Su condición, más ludens que sapiens, provocó el hecho de que jamás lo tuviesen en cuenta para esas especies de reuniones que hacían para ponerse de acuerdo en asuntos de caza, unas espantosas sesiones de gritos que nadie comprendía, unos ruidos que ya no eran sonido, y que andando los milenios se convertirían en palabras. Directamente no lo tenían en cuenta, y él se alegraba, porque esto le permitía distraerse todavía más, una situación que lo llevaba al juego profundo y a la intuición de unos hermosos sueños en colores que estaban en otro lado del

tiempo pero muy cerca de allí, y que nadie podía o no quería ver.

Alto y huesudo, de tanto arrojar el tejo y saltar por los pajonales tenía una figura atlética. Asustadizo como era, le tenía terror a esos desaforados relámpagos pampeanos que iluminan la bóveda enteramente en los lluviosos veranos del cono sur del mundo. Cada vez que relampagueaba corría hacia lo que consideraba la dirección contraria del relámpago, sintiendo que el trueno inmediato lo perseguía pisándole los talones.

Las huellas que dejaba al huir, un poco más grandes que las normales, eran la prueba de la persecución. Se pasaba horas asustado, midiéndolas y comparándolas con el tamaño de sus pies. No son mías, pensaba, son las huellas del trueno. Los sonidos utilizados para nombrar el trueno no le gustaban nada, tampoco los del relámpago. Anduvo un tiempo cambiándoles el nombre para atenuar sus efectos nocivos, pero los demás anthropos no tuvieron en cuenta sus proposiciones y siguieron llamándolos como siempre. Tan sólo él y su mujer utilizaban privadamente las nuevas palabras, tan graciosas que los anthropitos, que se volcaban más para el lado de la tribu, las usaban como chistes.

Cuando intuyó que la diferencia en el tamaño se debía a que con la velocidad de la huida pisaba más fuerte, se dijo, para no confiarse enteramente a la razón, de la que desconfiaba, que el trueno, por carecer de cuerpo concreto, le usaba las huellas, y que, como no sabía pisar bien, las agrandaba. Esto le permitió después jugar a que él mismo era el trueno, perseguidor y perseguido, con lo que el trueno perdió su primitivo aspecto terrorífico y se convirtió en el otro integrante de la partida. Este descubrimiento, vital según él para la felicidad futura de la especie, no fue admitido por nadie. Su naturaleza puramente lúdica hacía desconfiar, y además no tenía aplicaciones prácticas. Esto, y su reincidencia en la invención de palabras vinculadas con sus juegos, lo aislaron definitivamente del resto.

Temerosos de que contaminara a los demás, los jefes de la tribu lo aislaron, junto con su familia, en unas pampas medio secas, con pocos pajonales y llenas de lagartos, con la prohibición de que siguiera vagando con su tejo y sus saltos por las tierras fértiles. Estaba como preso.

Entonces junto a su guarida trazó rayas en el suelo, varios cuadrados superpuestos y un semicírculo en el extremo, con lo cual reproducía en escala las extensiones que él solía recorrer, con sus hondonadas y sus ríos, y el horizonte o cielo inmediato al final del trazado. Y allí jugaba al tejo, tan orondo y feliz, encerrado en sus palabras, y todos los días, saltando, llegaba al "cielo" del dibujo, mientras los demás domesticaban para siempre el pulgar y entraban en el pensamiento y explicaban la naturaleza del trueno y del relámpago. Sin saberlo, el Anthropus estaba jugando a la rayuela y escribiendo a su manera una novela de Cortázar.

El citado Ameghino, que lo descubrió miles de años después junto a su tejo, estudió sus huesos saltarines y publicó su teoría sobre el origen americano del Hombre. Los naturalistas europeos pusieron el grito en el cielo. Y le restregaron por la cara el curriculum del Pitecanthropus, que era inteligente y trabajador, maestro en el uso del pulgar y que además no jugaba a la rayuela.

Ameghino entendió muy bien lo de los huesos del Anthropos, pero el asunto del tejo, no menos importante, se le fue de las manos. Al esqueleto de la criatura lo donó al museo de la universidad de La Plata. Al tejo, hasta que se le perdió, lo utilizó como pisapapeles para evitar que el viento pampeano que solía entrar por la ventana le llevara las hojas de su valioso manuscrito.

* * *

(7 y 8 de agosto del 91)

CIVILIZACION Y BARBARIE

Sarmiento, escritor y político argentino del siglo XIX, queriendo salvar a su país de un destino hispanoamericano que preveía fatal, decidió poblar esas pampas desoladas llenándolas de alemanes y austriacos industriales, franceses cartesianos e ingleses de sangre azul, desterrando de paso todo resabio árabe o hispano, elementos étnicos que él vinculaba con la barbarie. El hecho de que consiguiera exactamente lo contrario de lo que se proponía no se debe a su falta de capacidad o previsión sino a un grupo de españoles aguerridos y a la indudable congruencia de la Historia, que para entonces -y ahora mismo- no podía concebir una réplica de Europa allá en el desolado Cono Sur.

En sus tranquilas siestas provincianas veía, en sueños, puentes de Londres en cualquier río que bajase de la cordillera, teatros vieneses en cualquier guitarra, arcos de triunfo en todas las esquinas, y hasta unos indios trilingües vestidos a la inglesa que recitaban de corrido, gracias a la educación obligatoria, tanto la "Ode to a Nightingale" como "Bateau Ivre" o las estridencias germánicas de Walter von der Vogelweide.

Cuando lo eligieron presidente de la república, la idea de instalar una Europa en el Río de la Plata pasó de la potencia al acto. Entonces fletó un barco, que íntimamente veía como el May Flower sudamericano, viajó a esa Europa que en sueños lo visitaba desde niño, y llenó su arca de parejas de alemanes, suecos, holandeses y algún inglés de añadidura.

Felicísimo partió de regreso una madrugada clara, con esa preciosa carga que coincidía en todo con sus sueños. El capitán del barco, un marino argentino de origen prusiano, mientras pilotaba como el capitán pirata de Espronceda, disipaba ciertos

temores del presidente diciéndole que pasarían muy lejos de las costas españolas, y también de las árabes, ya que las provisiones estaban perfectamente calculadas para un viaje largo y no sería necesario hacer escala en ningún puerto.

Pero, como sucede casi siempre en los relatos de navegación a vela, llegan los vientos caprichosos (verdaderos agentes del Destino), y la nao, perdida, navegando a palo seco y a ratos de bolina, arriba adonde puede, y esta vez es a Cádiz, en cuya bahía el capitán prusiano se ve obligado a pedir abrigo y pernoctar. Mientras lo hace (Sarmiento duerme), un grupo de andaluces famélicos, con mujeres e hijos, asociados para la aventura americana con unos italianos acaso más indigentes que ellos, y entre los que no faltan judíos, claro, miran codiciosos el barco del ilustre estadista.

Actuando como agentes de la Historia, que rechaza por principio la idea de una Europa sudamericana, esa noche, en un operativo comando, se dirigen hacia el barco aprovechando la falta de luna y el tranquilo ruido de las olas en la caleta. En el camino aparecen unos moros que les ofrecen cien dinares si les permiten sumarse a la aventura. Los demás aceptan.

Sarmiento entre sueños desde su camarote presidencial oye ruidos de cuerpos que caen al agua, y en estrictos términos borgeanos considera sueño la realidad de aquellos desdichados europeos nórdicos que adormecidos descienden a dormir al fondo de la bahía, mientras beduinos del desierto, andaluces de Jaén e italianos de la camorra ocupan sus puestos en el barco.

Cuando llega al puerto de Buenos Aires los polizones suben a cubierta y oteando hacia las pampas ven que indias e indios de

toda índole los esperan ansiosos para iniciar diversas cruzas y aventuras étnicas/eróticas. Y abandonando alegremente el barco se echan en sus brazos.

El consternado capitán despierta al presidente y le muestra lo sucedido. Sarmiento contempla el desastre y soporta valientemente los gestos burlescos que desde las pampas le hacen las indias que se han apropiado de alemanes y judíos; luego, cuando ve que los indios más bárbaros toman posesión de las nórdicas más "buenas" -con el alegre consentimiento de ellas-, no puede más, se desespera, se le caen los pelos y queda calvo para siempre, y para expresar su descontento lo único que se le ocurre es fruncir el ceño y sacar el labio inferior hacia afuera, en un gesto que se le congela como las imágenes cinematográficas, con el que aparece en los cuadernos infantiles y en el frío del bronce de todas sus estatuas.

* * *

(1989)

